

Último examen

Alejandra Cárdenas González

Entré a la sala. Allí se encontraba uno de ellos, con bata blanca, muy serio. Me senté en un rincón, moribundo. Sudaba, las piernas me temblaban, el corazón quería salirse de mi pecho. Empecé a sentir que perdía la consciencia, como si toda la información que he recogido en mi cabeza durante casi seis meses empezara a borrarse de repente.

El doctor se acercó, me revisó con incredulidad. En ese momento mi estómago se revolvió con solo ver su rostro. Tenía una sonrisa burlona, sus ojos maliciosos me decían que estaba perdido, que de ésta no saldría vivo.

Poco a poco la sala empezó a llenarse de otros desahuciados. Unos más graves que yo, otros mucho mejor. Una cara conocida se sentó a mi lado, empezó a hacerme preguntas.

Ante mi silencio comenzó a delirar, a sentenciarme a muerte. Lo ignoré con rabia, mientras notaba que perdía la visión. Oh, oh, náuseas, una arcada, otra más, voy a vomitar, pensé en el momento. ¿Qué me pasa? ¿Qué tengo? ¿Podré sobrevivir a este mal? Mientras aún pensaba, el doctor se paró triunfante frente a las filas de dolientes que lo mirábamos con temor y una leve esperanza. Interrumpió nuestros sollozos con un fuerte: “Guarden todo, es hora del examen final”